RAFAEL ALBERTI

POÉTICA DE JUAN PANADERO

Introducción de
Concha Zardoya

ESQUIO - FERROL
1987

Edita:
SOCIEDAD DE CULTURA VALLE-INCLAN
Canalejas, 234-2.º
15402 Ferrol

Edición al cuidado de:
JULIA UCEDA
FERNANDO BORES

Edición patrocinada por:
CAIXA GALICIA

EJEMPLAR N.º: 24

I.S.B.N.: 84-86046-24-6
Depósito Legal: C. 727 - 1987

Imprime: División de Artes Gráficas de «La Voz de Galicia. S.A.» Concepción Arenal, 11-13. La Coruña

INTRODUCCIÓN

NACIDO en 1902 —año de gran agitación entre los campesinos andaluces—, Rafael Alberti se siente predestinado a compartir las penas y las luchas del pueblo, sus afanes y su sed de justicia. Su vida y su poesía se 'comprometen' con el transcurrir histórico español: éste —casi siempre— es el trasfondo de sus poemas. La Guerra Civil, el éxodo de la «España peregrina», el destierro, el retorno a la patria en democracia, se entretejen con su propia vida, con su acción incesante: amor, amistad, viajes, nostalgia y esperanza impregnan su poesía. Su añoranza de España no excluye su fe en el porvenir soñado. Sus actividades literarias y artísticas, sus aficiones y relaciones humanas no le apartan nunca de sus contactos con el pueblo en bibliotecas obreras, en salas de cultura popular y en la plaza pública, pues se considera un «poeta de la calle». Pero esta entrega total —del hombre y del poeta— le hizo sufrir muchas veces la deserción de algunos amigos que no perdonaban al «poeta social», al «poeta político», al «escritor militante». Y por serlo —al estallar la insurrección militar de 1936—, es per-

seguido en Ibiza, pero logra escapar a Madrid, al ser liberada la isla por la flota republicana. Aquí vive días de intensa pasión, al frente de la Alianza de Intelectuales Antifascistas y dirigiendo, además, la revista *El Mono Azul* y grupos teatrales. En 1939 acaba la guerra y comienza su destierro: Orán, París y, después, Argentina en donde es recibido fraternalmente. Por último, Roma, la Italia de sus abuelos, arrastrado a ella por el militarismo argentino, doblemente exiliado de sus dos patrias.

Retrocedamos en el tiempo para recordar que, en 1929, Rafael Alberti empezó a intervenir en las contiendas estudiantiles contra la dictadura de Primo de Rivera. Este anhelo de libertad —tanto político-social como literario— le impulsó a escribir poemas que ya no cantaban la belleza del mar o de la amante o de bellos objetos, ni revelaban estados oníricos, ni interpretaban a los cómicos del cine, sino que descubrían realidades humanas, cárceles y mazmorras, corrupción de todas clases. El poeta, ahora, denuncia y protesta en su *Elegía cívica* (1930): quiere morir con los zapatos puestos. La estética neogongorina le parece inoperante, pues sólo es sensible a las circunstancias históricas que le rodean: su poesía y su teatro harán obra social, revolucionaria, 'comprometiéndose' siempre. Y comienza a publicar libros llenos de justa rebeldía, 'contestatarios': *El poeta en la calle,* en su primera serie, recogerá poemas escritos entre 1931 y 1935 (1). Esta obra es el mejor testimonio de su amor

(1) En su segunda, los escritos entre 1936 y 1956; en su tercera, los compuestos entre 1949 y 1965, serie en la que incluye *Coplas de Juan Panadero.*

humano, de su solidaridad, de su pasión revolucionaria, de su civismo, de su ética marxista. Todo ello se vierte en formas de tradición popular y, también, en versos libres exentos de purismo estetizante. El poeta incluye su 'yo' en un 'nosotros': su poesía es ahora de signo 'colectivo', expresa a los que no tienen voz. Con sus versos execra las injusticias hechas a los campesinos a pesar del triunfo de la República, en el poema «Al volver y empezar»; pinta las luchas por la posesión de la tierra; lanza su S.O.S. por los millones de parados que existen en el mundo, y también sus denuestos al imperialismo y las tácticas fascistas... Sin embargo —además de los poemas satíricos—, el libro contiene algunos extremadamente dolorosos: al poeta le duele la secular miseria de España. El dedicado a «Los niños de Extremadura» es un breve anticipo de «El niño yuntero», de Miguel Hernández, aunque su metro es corto:

Los niños de Extremadura
van descalzos.
¿Quién les robó los zapatos?

Alberti continúa escribiendo multitud de poemas satíricos y de agitación, que recita en actos públicos. *Consignas* (1933) reúne poemas revolucionarios de gran intensidad.

Viaja por Europa y América... Cuando regresa a España, interviene activamente en la campaña política del Frente Popular. Publica *Nuestra diaria palabra,* anticipo de *De un momento a otro* (1934-1939), conjunto que lleva el subtítulo de *Poesía e Historia,* indi-

cando que su poesía refleja el transcurso del tiempo: en lo biográfico, en lo político-social, en lo literario. Su evolución creadora es, siempre y al mismo tiempo, un itinerario de su vida. Son poemas de rebeldía contra la tradición familiar y la sociedad española. «La familia» —por ejemplo— es una serie de poemas de acentuado tono dramático en que el poeta desvela experiencias familiares e infantiles, trascendiendo amarga ironía, porque al poeta se le «vino abajo el cielo». Condena la burguesía española por su «largo orgullo derrotado» y, sobre todo,

Porque es cierto que estáis,
que estáis todos de acuerdo con la muerte.

En varios sonetos —perfectos— vitupera las fuerzas oscuras que amenazan a los pueblos y, en verso libre, el imperialismo norteamericano —como consecuencia de su viaje a Nueva York— en «13 bandas y 48 estrellas». En «El indio» —impresión de su viaje a Méjico— le dedica palabras de amor: es, para él, aire, aguacero, lumbre y tierra. Y como el poeta Langston Hughes —a la vista de Cuba y de Venezuela—, sintiendo el dolor y el anhelo oprimido junto a la furia de estos países, escribe «Yo también canto a América». En *Capital de la gloria* (1936-1939) agrupa los poemas escritos durante la Guerra Civil: romances, endecasílabos, alejandrinos, verso libre, dan cauce a la destrucción y la muerte, a la pena, a la tragedia, al denuesto, pero también a la exaltación que alaba a los héroes. En las imágenes, realismo y chis-

pazos visionarios. También advertimos versos de profunda y eterna poesía, junto a los que cantan circunstancias. Aún hay otros en que alienta el recuerdo de la poesía tradicional («Galope»).

Ya en Argentina, publica *Entre el clavel y la espada* (1941), escrito en Francia, en el mar y en el país hermano que le ha acogido. El poeta, ahora, vive hincado entre dos mundos: uno huele a sangre pisoteada; el otro tiene aroma a jardín, «a amanecer diario, a vida fresca, fuerte, inexpugnable». Todos los poemas están impregnados de nostalgia o de amargo sabor a exilio. El poeta —en forma de caballo, de toro, de paloma, de yerba, de clavel...— vive desviviéndose. ¿Es? ¿No es? ¿Quién fue? ¿Quién quiere ser? ¿Quién será? «Toro de mar» es una elegía sobre un mapa perdido. España es un toro de fuego martirizado:

Le están dando a este toro
pastos amargos,
yerbas con sustancias de muertos...

Y hay hoyos que se abren en la tierra... Mas, al final, se levanta una esperanza:

Cornearás aún y más que nunca,
desdoblando los campos de tu frente,
y salpicando valles y laderas
te elevarás de nuevo toro verde.

El recuerdo de Antonio Machado le inspira «De los álamos y los sauces», en que estos árboles se con-

vierten en evocaciones de pena y duelo, en símbolos de España:

Veo en los álamos, veo,
temblando, sombras de duelo.

Una a una, hojas de sangre.
Ya no podréis ampararme.

Negros álamos transidos.
¡Qué oscuro caer de amigos!

Vidas que van y no vienen.
¡Ay, álamos de la muerte!

La poesía social y política se ha quedado al otro lado del mar, amordazada. En el de aquí —en Argentina—, la nostalgia de la patria, la pena de la derrota, el dolor de los que sufren o mueren. ¿Las ideas? Ahogadas, aplastadas, encarceladas. En el Nuevo Mundo, el poeta vuelve a los autores clásicos y tradicionales, a las formas más españolas de poesía, como si ellas fueran representación vivísima —o sobreviviente— de la lejana España, de «la arboleda perdida».

El poeta sigue creando y, entre 1942 y 1944, compone *Pleamar*, dedicado a su hijita Aitana, «en estos años tristes, mi más bella esperanza».

No es posible proseguir en estas páginas su trayectoria poética hasta llegar a la primera serie de sus *Coplas de Juan Panadero* (1949-1953), aunque sí que-

remos mencionar algunos de sus libros de poesía, como prueba indudable de su fertilidad lírica: *A la Pintura* (1948), *Retornos de lo vivo lejano* (1952), *Ora marítima* (1953), *Baladas y canciones del Paraná* (1954), etc.

Casi al mismo tiempo que crea sus «retornos», canta sus *Coplas de Juan Panadero,* cuya primera edición aparece en 1949. Canta con pocas palabras —«Algunas están de más», dice—, sencillamente, y su canto es como la saeta «que antes de haberlo pensado / ya está clavada en la meta». Juan Panadero entona sus coplas de la guerra española, sus coplas de América, sus coplas a los que mueren desterrados, a Pablo Neruda, a los turistas que visitan España... Con ellas pide ayuda para el pueblo español, elogia exaltadamente a los caídos en la resistencia, pide la libertad de los presos, condena a los vendedores y compradores de España... De algunas trasciende la sátira política, en las que el humor —a veces— se une al sarcasmo. Concisas y directas, apuntan con certeza y dan siempre en el blanco de la realidad:

Mi copla es la claridad.
Juan Panadero no puede
sino decir la verdad.

En sus coplas, finalmente, insiste sobre su poética, explícita e inequívoca:

Nadie de Juan Panadero
piense que es simple. Si soy
simple es porque así lo quiero.

Antes de intentar una aproximación a la poética que se dibuja en las *Coplas*, quisiéramos establecer el porqué de nuestro especial interés por ellas. Rafael Alberti es —para nosotros y para tantísimos— uno de los poetas *mayores* del siglo XX, no sólo para honra de Andalucía, de España y de la total hispanidad, sino también del mundo. Es un poeta que no se repite —aunque algunos motivos de su temática aparezcan siempre a lo largo de su obra—: jugoso en la alegría, jugoso en el dolor. Siempre nuevo y siempre el mismo: alegre, triste, melancólico, airado, justiciero, nostálgico. Siempre exigente consigo mismo, al escribir un soneto, una canción, una copla, en verso libre o en verso tradicional. Poeta íntegro y completo, siempre infatigable: poeta lírico, poeta elegíaco, poeta político y social, poeta-pintor. Poeta andaluz, poeta español, poeta universal: desde el pequeño Puerto de Santa María en Cádiz a la enorme redondez del mundo, en cósmico periplo. En presencia y en ausencia de España, en destierro o 'retornado' a ella «por la puerta grande» que le condujo hasta el Premio Cervantes, máximo galardón que un poeta español puede merecer dentro de las letras hispánicas.

Admiramos a Rafael Alberti —desde nuestra ya lejana juventud— por una doble razón que se resume en unas pocas palabras suyas al referirse a la poética de sus libros iniciales: «Antes mi poesía estaba al servicio de mí mismo y unos pocos. Hoy no. Lo que me impulsa a ello es la misma razón que mueve a los obreros y a los campesinos: o sea, una razón revolucionaria. Creo sinceramente que el nuevo camino está

ahí» (2). El poeta gaditano no ha desmentido —en realidad— ninguna de sus dos poéticas, a lo largo del tiempo: justamente para ser fiel a sí mismo y al pueblo con el cual se identifica. El poeta onírico de *Sobre los ángeles* no puede disociarse del que canta coplas populares o escribe poemas revolucionarios.

* * *

Las *Coplas de Juan Panadero* se han difundido hasta hoy en tres ediciones: la primera data —ya lo hemos indicado— de 1949; la segunda, de 1979 y la tercera de 1984. En esta última —la más completa hasta ahora y a la cual nos referiremos siempre en estas páginas (3)—, Alberti recoge dos grandes grupos de precisa cronología: *Coplas de Juan Panadero* (1949-1953) y *Nuevas coplas de Juan Panadero* (1976-1979). La primera colección reúne las coplas escritas en el destierro; la segunda, las de su regreso a España después de 39 años de ausencia.

En el prólogo —firmado en la primavera de 1979— el poeta nos confiesa: «En la primera edición de este libro —Montevideo, 1949— aparecí como colector y amigo del poeta popular Juan Panadero, desterrado y vagabundo por los países latinoamericanos después de la guerra civil española. Muchos creyeron que se trataba de un poeta descubierto por mí, pero

(2) *Poesía Española. Antología (contemporáneos)*. Selección de sus obras publicadas e inéditas por Gerardo Diego. Signo, Madrid, 1934, pág. 447.

(3) Rafael Alberti. *Coplas de Juan Panadero* (1949-1979). Bruguera, Barcelona, 1984.

otros no, puesto que yo, además, no conservaba con demasiado rigor el secreto». En la tercera edición añade que el libro aparece «tal como era desde sus comienzos: mordaz, alegre, incisivo, revolucionario y con cierto evidente parentesco con otro Juan —el de Mairena—, sobre todo en el uso de la «rima pobre», según nos dijo su creador y paisano andaluz Antonio Machado. Más sencilla que fácil, la voz de este Juan de la calle me hace falta y tendré siempre que recurrir a él mientras el pueblo se llame Juan y reclame ese sentido justiciero, democrático, acusador, que nunca deja de cantar en sus coplas». Y termina su prefacio, autodefiniéndose metafóricamente, identificándose —sin máscara alguna — con Juan Panadero, su *alter ego* y heterónimo: «Ligero de pies y de garganta, pájaro libre y sin edad, he aquí a Juan Panadero, un poeta en la calle, sólo con temor a la crítica que pueda hacerle el pueblo para quien él compone sus coplas».

Rafael Alberti, honestamente, ha declarado su 'parentesco' con Juan de Mairena y, en consecuencia, con Antonio Machado y «Abel Martín», maestro apócrifo de ambos. Conviene, pues, revisar la poética de estos tres ascendientes a los que se considera vinculado el poeta gaditano en cuanto se refiere a la poesía que afecta al pueblo de España en su vena satírica.

El pueblo español 'se oye', sí, en las *Coplas de Juan Panadero:* vida, hambre de pan, de libertad, de justicia, de esperanza.

Cuando Rafael Alberti recibió en 1965 el Premio Lenin Internacional de la Paz, en su discurso de agra-

decimiento pronunció unas palabras —válidas hoy y siempre— que es lícito transcribir como parte de la introducción a la poética de sus *Coplas:* «Los poetas sabemos desde hace muchos siglos que hemos de decir en nuestros versos cosas que lleguen al corazón humano. Desde Dante, Petrarca, Shelley, Byron, Michkievich, Víctor Hugo, Whitman, Pushkin, Petofi, Maiakovski y tantos más, hasta el poeta vietnamita que hoy se duele junto a su arroz amargo, todos han estado al lado de los pueblos, junto a su libertad. Porque los poetas hemos de ser, como quería Antonio Machado (4), poetas del tiempo. Ese es nuestro compromiso: ser, estar, existir, dar universalidad a un momento, volver ecuménico lo intensamente sentido y válido, aceptar lo humano, rehacerlo, no retroceder, equivocarse y seguir, hacer unas veces armas del verso y otras flores, puesto que nos ha tocado vivir entre el clavel y la espada» (5). Agregó que su vida había estado y estaba «comprometida» con la historia de su pueblo. Por eso se sabe 'coplero', nuevo juglar de sus penas y, cuando le es factible, de sus alegrías, siguiendo siempre sus avatares históricos e intrahistóricos.

Es indudable el carácter 'popular' de estas *Coplas*. Enlazan, directa o indirectamente, con una tradición de tipo folklórico, sin dejar por ello de ser también 'personales', marcadas siempre por un 'sello',

---

(4) No olvidemos que el poeta sevillano —además de sus *Soledades* y *Galerías*— compuso cantares y proverbios, sátiras y epigramas sueltos, es decir, «coplas».

(5) «Rafael Alberti, premio Lenin Internacional de la Paz» (*Realidad*, n.º 6, Roma, Agosto 1965).

temple o estilo que no deja nunca de ser albertiano. Sátira, verdad histórica y lirismo se integran en unas estrofas breves de tres o cuatro versos generalmente octosílabos. Pasión, agresividad y lamento viril impregnan su vocabulario. Carecen de todo sentido artificioso, pero es evidente en todas ellas una intuición —'intención'— poética de primera ley, digna siempre del lirismo albertiano. Algunos temas que pudieran parecer triviales o de simples circunstancias —a los 'exquisitos', especialmente—, Rafael Alberti los transforma en materia poética: su gracejo y su don verbal, su inteligente agudeza, su donaire, los salva de la vulgaridad, sin que esto signifique añoranza de ningún aristocraticismo cancioneril o trovadoresco. Insospechados hallazgos poéticos saltan como chispas de innegable brillo lírico dentro de unos versos que sólo pudieran aludir a la sátira.

Las *Coplas de Juan Panadero,* obviamente, se insertan en esa corriente popularista que fluye en la poesía española desde la más antigua Edad Media y sin la cual no sería hoy lo que representa. No vamos —por supuesto— a trazar su historia, de sobra conocida. Sólo nos interesa subrayar que Rafael Alberti trata de dignificar la copla satírica desde una poética muy suya, evidente por sí misma y que, por tanto, no es necesario glosar ni explicar, pues se expresa en un lenguaje muy de hoy y al alcance de todos, en uso por todas las bocas. Poética albertiana —¿cómo no?—, pero también de raigambre popular, nunca desprovista de su sabor popularizante. De ahí su acierto y el valor permanente de esta poesía de signo propio y, a

la par, tradicional, en 'sintonía' siempre con la época histórica que sintetiza. Reaparece el neopopularismo albertiano, pero se vierte en cánones estróficos rigurosos, simétricos y paralelos, en el otro lado de la libertad formal que caracteriza a *Marinero en tierra* (1925) y a *La amante* (1926). Rafael Alberti les presta, por debajo de su voluntaria sencillez y llaneza, algún brote de hechizo poético, de lírica sensibilidad, de gracia, ingenio o travesura: garbo en la dicción, en el orden de vocablos, en la distribución de la encantadora «rima pobre».

La vida y la obra de Rafael Alberti reflejan no sólo su interés 'humanístico' por el arte del pueblo, sino su 'compromiso' sociopolítico con él dentro de los acontecimientos históricos que han vivido juntos: de aquí la variada temática —también unitaria— de sus *Coplas,* dentro del transcurrir existencial suyo y de su pueblo, de todos los pueblos de la tierra, rebasadas las fronteras nacionales de todas las injusticias. Ha habido poetas que sólo han sentido lo popular como una 'moda' a seguir. Rafael Alberti, por su parte, se ha 'entregado' siempre en alma y cuerpo a la causa y destino de su pueblo —de los pueblos— y ha participado en todas las etapas de su devenir histórico.

La lectura de esta breve antología de sus *Coplas* —centrada en su propia poética, como esencial primera y última de sus significaciones— nos lleva a encontrar en todas sus estrofas la expresión sencilla, clara, transparente, que emerge por sí sola, sin pretensiones ni ánimo de crear hallazgos líricos al jugar con los

vocablos y conceptos. No pretenden asombrar ni al simple lector ni al diletante. Notamos igualmente la ausencia casi total de metáforas, pero encontramos imágenes visuales o acústicas, sustantivas impresiones directas de una realidad exterior inconfundible, a veces subjetivizada, a veces cargada de un simbolismo ancestral. El énfasis, la intensidad —la aguda 'intencionalidad'—, unidos a la máxima sencillez expresiva, caracterizan estas *Coplas*. Pero también hallamos en ellas la mera constatación de un hecho histórico, una frase sentenciosa, un cuasi-aforismo, una alusión clara a algo inteligible para todos: una objetivización de realidades vividas colectivamente. Estilo —en ocasiones— epigramático, lúcido, consciente. No hay 'irracionalidad' en estas *Coplas de Juan Panadero,* sin que por eso estén desprovistas de emoción. Pero carecen de ingenua 'elementalidad'. Sin embargo, es muy posible que Rafael Alberti, al escribir estas *Coplas* recordara a aquellos juglares anónimos (6) cuyas creaciones, con el transcurso del tiempo, pasaban a ser propiedad de todo el pueblo que, al cantarlas, difundía cantares de gesta y romances, que suprimía o cambiaba versos a su antojo, creando infinitas variantes. Aunque las formas más o menos 'cerradas' de sus *Coplas* pudieran impedir estas variaciones —producto del arte colectivo anónimo—, fijas ya en las páginas impresas de un libro. Mas las aprendidas de memoria por las gentes acaso corrieran aquella otra suerte de antaño.

(6) Poetas de vida andariega como la suya —ya fueran de «boca» o de «péñola»—, siempre en contacto con el pueblo en la plaza pública.

Las *Coplas* —en cuanto a su contenido— entraman en breves estrofas un tejido de temas político-sociales turbulentos, agresivos, ácidos, inspirados por un mundo caótico, injusto, virulento, egoísta y cruel. Alberti —ante ese mundo y esa España sojuzgada por el franquismo— se siente rebelde, iconoclasta, beligerante, demoledor, aunque la piedad y la ternura por los que sufren le inspiren versos —muy concentrados— que conmueven hondamente.

Rafael Alberti le da a la copla popular un nuevo impulso «para que siga rodando» —diremos antonio-machadianamente— como un 'testimonio' más del siglo XX, transmitido por la voz humana o la letra impresa. Poética sin máscara —sin retórica—, a cara descubierta. La vivencia colectiva e individual se hace 'copla': saber vivo —conciencia— en el alma del pueblo.

Juan Panadero —en su *Poética*— hará hincapié en la claridad que han de poseer sus *Coplas*. Rafael Alberti, probablemente, recordaba a Juan de Mairena que insistía ante sus alumnos: «Sobre la claridad he de deciros que debe ser vuestra más vehemente aspiración». A Mairena —a Antonio Machado— le preocupaba, sobre todo, «la expresión justa y directa de lo que se dice». En ella, precisamente, se enraiza el 'encanto' de estas *Coplas de Juan Panadero*. Y es lo mismo, es decir, que son de él, de Rafael Alberti o del pueblo de España en unos dramáticos momentos de su historia. *Coplas* en cuya poética resuena —albertianamente— la voz del poeta que escribiera *Campos de Castilla,* por labios de su heterónimo Juan de Maire-

na: «Sabed que en poesía... no hay giro o rodeo que no sea una afanosa búsqueda del atajo, de una expresión directa»: «el lenguaje de todos». *Coplas* albertianas que —hiperbolizando o no— encierran una «sencilla y modesta verdad humana».

¿Son estas *Coplas* un ejercicio de «otredad» —en términos machadianos? Sí y no. Porque Alberti siente con los otros y, al mismo tiempo, se expresa a sí mismo. Su 'mismidad' también le abraza con Juan Panadero, pueblo de España. Las *Coplas* son —en este sentido— una verdadera tautología. El poeta gaditano coexiste y se identifica ontológicamente con su *alter ego* que, a la par, es la totalidad —individualizada— del pueblo español. Sabe —como Antonio Machado— que «escribir para el pueblo es llamarse Cervantes en España...» ¿Y por qué no Juan Panadero?

En último término, este Juan Panadero andaluz y español —simbólicamente— sería también el proletariado del mundo. Pero no deja de estar ausente lo personal, visible en varias alusiones autobiográficas. Aunque identificado con el pueblo español, a través de Juan Panadero, Alberti se caracteriza individualmente a sí mismo como autor, sobre todo en el «Autorretrato» que abre la primera serie de sus *Coplas:*

Si algo más quieren saber,
se lo pregunten a un río
que va del Puerto a Jerez.

En ellas abundan los episodios autobiográficos en las series que las componen: «Juan Panadero en la guerra española», «Juan Panadero en América», «Co-

plas de Juan Panadero por los que mueren desterrados», «Coplas de Juan Panadero a Pablo Neruda», «Juan Panadero, después de renunciar a su escaño de diputado en las Cortes, se dirige al pueblo gaditano», etc. Existe, pues, en las *Coplas* una relación entre lo popular y lo personal, y hasta una 'identificación' de autoría. Política y poética —por otro lado— se justifican mutuamente: la técnica poética usada es la adecuada para la expresión de una actitud política popular, de una ética comprometida con el 'aquí' y el 'ahora': poesía de responsabilidad ciudadana y política, comprometida con la Historia en su curso inexorable. Recuerdo y nostalgia se resuelven en acción. La poética albertiana —en estas *Coplas*— es una praxis política efectiva, no es divagación ni escapismo que se resuelva en inercia: es estímulo para la continua lucha por la sociedad mejor en España y en el mundo. Es aún la táctica del clavel contra la espada.

Con esta poética —de fondo y forma, además de *praxis*— contenida en las *Coplas de Juan Panadero,* Rafael Alberti continúa reivindicando que, a pesar de sus años, sigue siendo —por vocación y derecho— un «poeta en la calle» que no habla «en tonto al pueblo» y que canta si quiere cantar, aunque con pocas palabras:

Mi mejor invento es
decir que un cuatro es un cuatro,
pero que un tres no es un tres.

He aquí la verdad de sus *Coplas* y, también, su misterio.

CONCHA ZARDOYA